

MILLONES, Luis. *Las confesiones de Don Juan Vásquez*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002, 144 pp.

Una vez más, Luis Millones nos ofrece una interesante obra en la que nos revela, al mismo tiempo que estudia con profundidad, un documento por demás interesante: el proceso de don Juan Vásquez, del que se desprenden sus valiosas confesiones, las que finalmente inspiran el título del libro. Con un estilo que atrapa al lector, desde su literaria introducción hasta el análisis fino y objetivo de la información que proporciona el documento —cuya transcripción paleográfica debemos a Laura Gutiérrez— el autor aborda el caso paradigmático de un curandero de las primeras décadas del siglo XVIII que no ha suscitado, salvo excepciones, el interés de los especialistas.

La relevancia del documento es puesta de manifiesto por el propio Millones cuando confiesa que, en los años que tiene revisando expedientes, nunca se encontró con alguno que tuviese el sabor de los hechos encerrado en este, y que fue eso lo que llamó previamente la atención de otros historiadores, siendo el primero Javier Flores. Y es que un personaje como este podría ser fácilmente un anónimo como tantos, inasible para nosotros; sin embargo, el documento publicado con su respectivo estudio lo devuelve del olvido y lo trae a la memoria; entonces, se nos hace un personaje cercano, con historia. Justamente una de las virtudes de la democratización de la historia en el siglo XX ha sido el reconocimiento del derecho de todos, sea cual fuere el grupo en cuestión, a poseer su propia historia; entonces niños, marginales, mujeres, y también curanderos, han empezado a desfilar en el renovado discurso histórico, antes reservado a los grupos de poder. Es así como la figura de Vásquez emerge de la documentación al compás del análisis que Millones hace de ella.

El autor empieza el recorrido por los vericuetos de la vida del curandero con la sentencia de 1710 que lo acusaba de practicar brujería y de recurrir a maleficios con el fin de curar, poniendo en evidencia que seguían vigentes los criterios de *El Martillo de las brujas*. El estudio se enmarca en una vasta bibliografía europea sobre el tema, manifestada en los trabajos de Levack, Cohn, Caro Baroja, Ginzburg, Cardini, entre muchos otros autores. Millones aborda luego el arte del diestro Juan, ofreciéndonos un cuadro modélico de su menester. El indio curandero diagnosticaba enfermedades tomando el pulso e interpretando la saliva que el enfermo escupía en su mano, mientras rezaba el Credo. La terapia curativa consistía en la ingestión de in-

fusiones preparadas con hierbas especiales como el antiquísimo San Pedro. Y es que hablar de curanderos sin hacer referencia a las sustancias psicoactivas, es dejar de lado un aspecto fundamental que, desde siempre, ha estado asociado a su quehacer; tanto es así que aparece en la iconografía de culturas como Chavín o Moche. Dichas sustancias permitían la comunicación del chamán con lo sobrenatural, elemento indispensable para la sanación.

El sincretismo, evidenciado hasta nuestros días, se aprecia en la mezcla de elementos y referentes andinos y cristianos al mismo tiempo, desfilando huacas, cruces y credos, los que unidos dan mayor poder al curandero. Asimismo, es de destacar el análisis que Millones hace del culto a los santos, con una milenaria tradición europea, así como de la relevancia de los sueños. Dentro de este cuadro sincrético no hay que olvidar la tradición africana, referida por el autor, que merecería mayor atención en estudios de este tipo. Otro aspecto que destaca, y que precipita la denuncia, se relaciona con la idea de que los curanderos podían vaticinar la ubicación de los tesoros incaicos de las huacas, favoreciendo el huaqueo durante la colonia, así como su propio abastecimiento con objetos prehispánicos para su mesa ritual.

El autor refiere las efectivas razones de la defensa así como las confesiones de don Juan, que constituyen la esencia del proceso, donde se manifiesta el problema de trabajar con documentación generada por el poder, como son los casos de extirpación de idolatrías o de juicios inquisitoriales; en ellos la información está mediatizada por el marco institucional y legal, que termina por condicionar las respuestas del reo —como bien reconoce Millones—, y que ha suscitado sugerentes reflexiones por parte de la historiografía hindú de las últimas décadas sobre los estudios subalternos. Por otra parte, en el estudio tiene una poderosa presencia la historia regional del norte peruano, que conoce bien Millones, la que se combina con lo acontecido en la capital por esos años. El autor establece una estrecha relación entre el terremoto de 1687 y la posterior epidemia que diezmó a la población, siendo este el contexto del arribo de Juan Vásquez, junto con otros de su profesión, a la urbe limeña. Así, se evidencia la relación entre las catástrofes naturales y las enfermedades con los cultos de crisis y la difusión de prácticas de este tipo, como lo ha analizado Marco Curatola en sus investigaciones.

El libro aborda una etapa muy rica, las primeras décadas del siglo XVIII, pero de escasos estudios recientes. *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica* (1999), compilación que realizara Scarlett O'Phelan, o *El Perú borbónico, 1750-1824* (2000) de John Fisher —para mencionar dos casos— muestran el impacto producido por las reformas en el con-

texto peruano desde distintos ámbitos. Sin embargo, se hace difícil medir ese impacto y las transformaciones que se produjeron a raíz de la aplicación de las medidas de reforma si no ahondamos en el periodo anterior: fines del siglo XVII e inicios del XVIII. Así, la obra de Millones nos proporciona elementos para incursionar en ese terreno a través de la reconstrucción de la vida del personaje y su entorno social, que se acerca más a la microhistoria italiana y se asemeja mucho menos a la biografía tradicional. Igualmente, el conocimiento del Siglo de las Luces y de los inicios de la República es importante, pues nos proporcionaría una perspectiva de larga duración que permitiría auscultar las transformaciones de las prácticas asociadas a la labor de los curanderos, personajes presentes en nuestro país y en el mundo hasta la actualidad. Nos aunamos, entonces, al reclamo del autor sobre la falta de continuidad del estudio de las sociedades andinas durante el siglo XVIII y aun después, por la equívoca creencia de que luego del XVII no es posible reconstruir el pasado incaico.

Por otra parte, un aspecto que se insinúa en el libro a través del parecer de los médicos y de la figura del racional fiscal, y que habría que seguir estudiando, es la influencia de lo que el historiador Sánchez-Blanco llama la "mentalidad ilustrada", caracterizada por el avance de la racionalidad y las ciencias, cobrando gran relevancia la medicina. Paulatinamente se busca formalizar el conocimiento, por lo que progresivamente otras prácticas, que escapan a este derrotero de control y formalización, empezarán a ser censuradas, lo cual no quiere decir que antes no lo hubieran sido, sino que de ahora en adelante van a ser vilipendiadas y proscritas dentro de un contexto diferente y con motivaciones cada vez más laicas o seculares. Es el caso de parteras, chamanes o curanderos. En ese sentido, las voces críticas de la práctica de los curanderos en la actualidad parecen remontarse a este periodo. Avasallados por la ciencia moderna, se los tacha de embusteros, "maleros" y charlatanes; cuando, como señala John Eddowes, podrían sanar a través de su sabiduría milenaria.

En definitiva, el libro nos hace transitar por la vida y milagros de don Juan Vásquez, un curandero no solo típico de fines del siglo XVII e inicios del XVIII, sino de todos los tiempos. A través de él, Luis Millones nos revela la incesante repetición del arquetipo del curandero y su terca persistencia, que atraviesa los siglos hasta el presente para, finalmente, devolvernos de nuevo a nuestros orígenes.

Claudia Rosas Lauro
Universidad de Florencia